

CONFITERÍA TORRES

ESPACIO TRANSHISTÓRICO DE ENCUENTRO CULTURAL Y CREACIÓN ARTÍSTICA



Alejandra Irarrázaval Piñera

Licenciada en Historia
Escuela de Historia UFT

Fotografías:

Francisca Sumar Said

José Domingo Torres y su palacio

Corre el año 1879 y en la aristócrata casa de los Fernández, José Domingo Torres, el mayordomo, no se ve por ninguna parte. Seguramente, debe estar en la residencia de algún conocido, elaborando deliciosos manjares para cierto acontecimiento o banquete especial. No es inusual, pues era “famoso por su buena mano para preparar mistelas, alfajores, faisanes, civet y otras exquisiteces. Por lo que este afamado cocinero era solicitado en préstamo por otras dueñas de casa amigas de la familia”¹. Al principio era aceptable, incluso hasta cierto punto halagador para su patrón, pero ahora ya resulta ser inadmisibile. José Domingo pasaba más tiempo fuera, atendiendo a las amistades, que dentro de la propia residencia. A raíz de ello, el señor Fernández, cansado de ya no contar casi con sus servicios, adopta una solución salomónica. En febrero de ese año, le avisa a su empleado que ya no trabajará en la casa; no es que lo esté echando, sino que, por el contrario, ha decidido abrirle un negocio propio. De ese modo, podrá atender tranquilamente a todo aquél que quiera disfrutar de sus reconocidas aptitudes culinarias. Es así como, en la calle Ahumada esquina Huérfanos, nació la Confitería Torres.

Unos años más tarde, entre 1886 y 1890, estaba residiendo en nuestro país el aún desconocido poeta nicaragüense Rubén Darío. Éste rápidamente trabó amistad con Pedro Balmaceda, hijo del Presidente de la República, pues ambos gustaban de las bellas letras. En muchas ocasiones, por lo tanto, se juntaban en el Palacio de la Moneda para conversar noches enteras sobre aquello que los apasionaba y unía, sobre novelas y poesías. En otras oport-



tunidades, abandonaban la intimidad de ese espacio privado y encaminaban sus pasos hacia la Confitería Torres, lugar que, según cuentan, fue «elegido ininidad de veces como punto central para sabrosas tertulias del grupo que acompañaba frecuentemente a Rubén y Pedro»², los que llegaban al atardecer y se marchaban cuando ya la luna se encontraba en lo alto, alumbrando con su rostro pálido la capital.

José Domingo preparaba comidas dignas de ser servidas a un rey, por lo que sus aptitudes merecían ser desarrolladas en un palacio. Es así como, en 1904, cambia de domicilio. Se traslada a la Alameda casi esquina calle Dieciocho, al palacio calificado como «propio del romanticismo afrancesado» y de un estilo «Segundo Imperio Barroco»³, el que anteriormente había sido habitado por la familia Iñiguez. En ese lugar ha permanecido desde entonces, convirtiéndose en un testigo inmutable del paso de los años.

Rápidamente, en sus inicios, el «Torres» comenzó a ser visitado por lo más distinguido de la sociedad de aquel entonces, pues se encontraba en un sitio privilegiado para la época, al ser el paseo de Las Delicias un lugar por el cual la alta sociedad acostumbraba a deambular en las tardes. Además, «por estar las Iglesias de San Ignacio y San Vicente de Paul en el entorno del *Torres*, fue que todas las familias que residían en las grandes propiedades de los alrededores, se reunían infaliblemente a tomar el aperitivo de rigor en el *Torres* (...) Después de la salida de misa, los domingos era una verdadera fiesta contemplar el nutrido público que realizaba el paseo frente a la ya familiar *Confitería*»⁴. Incluso, a raíz de la conmemoración del Centenario de la Independencia, se celebró en su interior el Vermut de Honor ofrecido para el Cuerpo Diplomático vigente, ya que era ese el local público más elegante de Santiago. En dicha oportunidad, «Don Emiliano, después de visitar el lugar para su aprobación, objetó que se pusieran unas tarimas separando el bar del salón propiamente tal (...) Así fue como se instalaron los biombos con espejos que aún se pueden ver»⁵.

Lugar transhistórico de encuentro cultural

Vestido, con su impecable chaqueta blanca y su negra humita anudada al cuello, nuestro hombre espera, junto a la puerta, el arribo de la concurrencia que cada noche invade el local. Varias décadas han transcurrido desde esa vez que llegó pidiendo trabajo de mozo. Sin embargo, aún recuerda lo que le señalaron en aquella oportunidad, sobre el encanto particular que tenía el lugar, aquél que atraía y seducía a sus visitantes. No se equivocaban, pues rememora que «al entrar por primera vez en la gran sala casi desierta de la Confitería (...) tuve la impresión de penetrar de lleno en otra época»⁶, como si el tiempo en su interior se hubiese detenido para siempre, cosa que lo cautivó de inmediato, pues sintió que ingresaba en un sitio que corría paralelo a la historia o que, más bien, se encontraba suspendido en ella.

Por eso, piensa, es un espacio transhistórico, en el cual las cosas permanecen inmutables, ajenas al constante devenir temporal, al paso de las horas y minutos que rigen la existencia de cada ser viviente e inerte, como si el tic-tac del reloj no pudiese entrar por sus ventanas o rendijas: es «un lugar sin tiempo, pese a que tiene más de 120 años. Pero, precisamente da la impresión que tú estás, que tú puedes estar en el año 20, que puedes estar en el 50 y que puedes estar en el 2001. Eso es lo bonito de este lugar (...) eso atrae, atrae a la gente y ha atraído a mucha gente de la cultura por eso»⁷, ya que se sienten cómodos en él, los invade una tranquilidad difícil de encontrar en otros espacios de la ciudad.

Tal vez, por ende, no es erróneo pensar que «el Café Torres, es otra geografía. Es el lugar más cercano, que no está fuera de Santiago, pero donde tú puedes salir fuera de Santiago, te puedes aislar, te puedes meter en otro mundo. Como si de repente uno tomara un camino cualquiera y quisiera perderse por un día o un par de horas de toda la rutina de la ciudad»⁸ y, justamente, eso es lo que les sucede a ciertas personas que ingresan por sus puertas, pues detrás de sí dejan el ruido, el aceleramiento propio de la urbe, dejan sus problemas y penurias afuera, esperándolos a la salida. Todo aquello, sin lugar a dudas, es lo que ha cautivado a tantos individuos. Por eso, también, a lo largo de la historia, diversas personalidades del mundo de la cultura han ocupado sus mesas: «el Café Torres desde el comienzo juntó a gente muy diversa. A finales del siglo XIX, comienzos del XX. Muy ligado a la política. De hecho venían muchos políticos aquí y, también, ligado al periodismo y ligado a las artes y a la poesía y a la literatura especialmente»⁹.

Nuestro mozo recuerda que, cuando llegó a laborar, le contaron que Vicente Huidobro, quien a comienzos de siglo vivía muy cerca del local, en Alameda con San Martín, junto a sus amigos «muchas veces cruzaban la calle y acudían a la célebre Confitería Torres»¹⁰, para disfrutar de un vino Santa Rita, alternándolo con papas fritas, después de una interesante tertulia en su casa. En cierto modo, «era su cancha, su cancha distinguida»¹¹, pero sólo en sus inicios, pues luego de su regreso de Europa, en la década del treinta, no volvió a ir. Corre el rumor de que Pablo Neruda también se habría asomado por el local en sus tiempos de bohemia; algunos lo dicen, pero él cree que tal vez no es cierto, ya que el *Torres* no era un sitio de la gran parranda y era un poco más caro que el resto de los boliches; además, «toda esa gente que andaba con Neruda, allá por el año veinte, era de barrios de mala vida, de ahí por San Diego, cerca de la Estación Mapocho. Ésos eran sectores (...) mucho más plebeyos, populares. En cambio, el Café Torres fue siempre de gente más decente, de gente que llegaba con bastones, bien vestida y que no le gustaban los escándalos»¹². Tal vez fue posteriormente. Sin embargo, sabe con seguridad que fue «frecuentado por la gente cercana a D'Halmar, por la generación del 1900, por la generación del trece. Ellos se reunían ahí»¹³ para conversar en ese gra-



to ambiente de tranquilidad, sin ser molestados por nadie, cuando el lugar estaba recién comenzando a acumular recuerdos e historias en su interior.

Aún no ha llegado nadie al local en esta noche de fines de siglo XX. Sigue junto a la puerta, esperando y evocando esos momentos pasados. Recuerda que, cuando él llegó, el "Torres" estaba pasando por una lamentable etapa de decadencia. Según le han dicho, "frecuentado por presidentes, diplomáticos, poetas, intelectuales, artistas y políticos, la Confitería Torres vivió sus años de esplendor como punto obligado de reunión, especialmente cuando en este barrio vivían las familias enriquecidas en la industria vitivinícola o en las minas del salitre y del carbón"¹⁴. Pero luego, en las primeras décadas de la centuria, cuando la alta sociedad comenzó a emigrar hacia el barrio oriente de la capital, el local dejó de ser punto de encuentro. Además, los constantes cambios de dueño provocaron gran mella en su imagen, pues desatendieron su aspecto y cuidado, como si el solo nombre y tradición que encerraba bastaran para atraer a la concurrencia. Resultaba bastante triste ver el lugar en ese deplorable estado de abandono. Sólo ocasionalmente ingresaba alguien a comer. Hasta que, finalmente, en 1959 todo cambió.

Un día de aquel año, por su puerta, apareció un rostro que rescataría al "Torres" del rincón de los recuerdos. Bartolomé Alomar Arellano había conocido el local en su infancia, pero, en ese momento, al pasar por afuera vio "que estaba hecho una calamidad. Mesas sin manteles, una costra de barro en el piso... estaba convertido en un boliche de mala muerte"¹⁵ y eso no lo podía permitir, por lo que decidió comprarlo y devolverle su prestancia de antaño. Con ello, la confitería nuevamente se llenó de música y de palabras, de olores y colores. Intelectuales y trasnochadores de todo tipo comenzaron a invadirlo. Recuerda que en aquella época, a mediados de este siglo, muchas veces le tocó atender a diversas personalidades, ya "que algunas reuniones posteriores a encuentros o seminarios de los escritores de aquellos tiempos, en particular los años 60, cuando se hicieron muchos encuentros literarios importantes terminaban aquí, remataban aquí con sus comidas, con sus tragos, con sus brindis"¹⁶. Eran noches de alegría y poesía, en las cuales se arreglaban el mundo y se compartían sucesivas botellas de vino.

Una pareja entra por la puerta. Después de un momento, se acerca para atenderlos. Le cuentan que en ese lugar se conocieron años atrás, cuando aún el tiempo no había dejado marcas en sus cuerpos. Conversan un momento, tras el cual, él se retira discretamente para ir a dejar el pedido a la cocina. Continúa sus cavilaciones. Así como ellos, muchos han escrito parte de su historia en aquel centenario local, sobre todo intelectuales de edad, como "Juvencio Valle, Carlos René Correa (...) Gonzalo Drago, Rony Muñoz, Antonio de Undurraga. Todos los viejos escritores pasaron por ahí"¹⁷ en múltiples oportunidades. Había largos períodos en los cuales no se les veía aparecer, pero, sin embargo, siem-

pre regresaban a ocupar sus mesas, porque "si tú puedes ir algún día a tomarte un trago, a comer ahí, te va a gustar y vas a querer volver. Uno siempre quiere volver a ese lugar"¹⁸. A veces, llegaban tarde en la noche a comer; en otras, sólo iban a disfrutar de un momento de conversación. En ocasiones, venían todos juntos, un grupo grande y alegre, pero también más de una vez llegó solo uno de ellos a captar aquellos aires de tiempos pasados. También recuerda haber atendido a Víctor Franzani, Manuel y Gonzalo Rojas, Humberto Díaz Casanueva y a Homero Arce. En cierto modo, casi todos los Premios Nacionales de Literatura pasaron por ahí, en algún momento de sus vidas. A todos ellos sirvió, vestido con su impecable chaqueta blanca y su negra humita anudada al cuello.

Le lleva sus platos humeantes a la pareja junto con el vino de la casa. Otros clientes han ingresado al local en esta velada que casi despide al siglo XX. Durante todos los años que lleva trabajando ahí, ha visto a diversas personas diferentes; sin embargo, algo tienen todos que los hace similares, pues aquél que viene, piensa, "no es el parroquiano común y corriente, sino que es alguien que, primero, está dispuesto a pagar más, más caro y casi el doble, por un trago. Pero lo hace porque realmente el lugar es distinto, la barra que existe ahí es una barra especial, el entorno del lugar es un entorno distinto. No es un lugar para ir, ver y pasar. Es un lugar para ir y quedarse y sentir"¹⁹, para acudir con mujeres y amigos, a compartir un grato momento cobijados por un ambiente singular que no se encuentra en otros locales. Es un espacio que atrae a "la gente que le gusta el arte, no sólo la escritura, la creación literaria, sino que el arte, porque es un lugar (...) estético. No son estos boliches tan mecanizados, robotizados, tan ligeros, sino que es un lugar en donde uno tiene que ir y sentarse y observar, escuchar"²⁰, para de ese modo captar toda la historia que encierra en su interior.

A su mente, a raíz de ello, vienen las palabras mencionadas por Reinaldo Marchant. Hace unos días atrás, vino a almorzar con una periodista española y cuando se acercó a retirar sus platos, escuchó que éste le decía a ella, le explicaba que siempre ha pensado que "la cueca es como la vida. En la cueca tú te tomas del brazo, después te pones de frente a la persona, se observan y te preparas para una aventura, por poner un ejemplo, y luego empieza la aventura. Y luego de varias vueltas, donde tienes que demostrar mucha destreza, habilidad, inteligencia, en el fondo, talento, viene un aire de respiro, el aro aro, y nuevamente tienes que parar, pensar, reflexionar para ver cómo continuar con esa aventura. Y yo creo que este lugar es como eso mismo también, por lo menos yo lo hacía. Yo salía de la calle, entraba acá y me preparaba un poco, me limpiaba, reflexionaba, analizaba y, sobre todo, me preparaba nuevamente para salir otra vez a la calle, para poderla enfrentar. Entonces, esto es como un verdadero aro aro de la cueca"²¹. Ella sonreía frente a esas palabras; al parecer no sólo comprendió lo que le decía, sino que, además, concordó completamente con aquella descripción del lugar. Al señor



Eduardo Frei Montalva
1964 - 1970

Jorge Alessandri Rodríguez
1958 - 1964

Marchant, lo ve continuamente en las mañanas, ocupando siempre aquella mesa del rincón, en la cual se sienta solo, a leer y escribir mientras toma un café cortado. Es uno de los clientes más fieles del local; siempre que tiene tiempo aparece por acá.

Enrique Lafourcade suele venir de vez en cuando a almorzar, ya que "este gran bohemio, escritor de calidad y brillante periodista, es otro enamorado del legendario Torres"²². En una oportunidad, éste le contó mientras recogía su plato que, a mediados de siglo, "un montón de Premios Nacionales que hubo, Braulio Arenas, Anguita, Teófilo Cid, bueno, todo ese grupo de La Mandrágora, que fue súper importante, él, Guillermo Blanco, venían para acá y charlaban acá"²³. Algunos han muerto, otros han dejado de asomarse; sin embargo, don Enrique todavía mantiene un fuerte grado de conexión con el local. Incluso, una vez se ofreció, junto a otras personas, para realizar la labor de remozar al Torres para, de ese modo, atraer a más gente y convertirlo en un verdadero espacio de encuentro. Sin embargo, el proyecto no se llevó a cabo, al parecer, por escasez de presupuesto. Nicanor Parra ha llegado en un par de ocasiones, sobre todo en la actualidad. Recuerda haber servido a los poetas Floridor Pérez y Jorge Teiller, pero ya hace tiempo que no se aparecen. Tampoco ha visto a Pablo Huneus ni a Eduardo Peralta, últimamente.

Una vez vio a Jorge Edwards ocupando una de sus mesas, pero él no era un cliente habitual. En realidad, aquella era la primera vez que lo veía. En esa oportunidad, le escuchó decir que ése no era un lugar que frecuentara con los escritores de su época, a mediados de siglo, pues era un poco más elegante y, además, porque había que cruzar la Alameda, estaba fuera del circuito bohemio por el cual transitaban y se movían. Cuando se acercó a tomar su pedido, don Jorge estaba riendo, recordando una anécdota de su juventud en el Colegio San Ignacio; a su acompañante le contaba: al Torres "íbamos cuando salíamos del colegio. A veces nos arrancábamos de un recreo que había a las dos de la tarde y que duraba como una hora, porque se almorzaba hasta las dos y después había un recreo largo. Le dábamos plata a un empleado del colegio, que se llamaba el 'macho' Santos, que era un viejo que andaba siempre con un plumerito. Le dábamos diez pesos. Sería lo normal de ese tiempo, y nos dejaba salir por una puerta que había. Entonces íbamos al Torres. Y en el Torres tomábamos vino, por ejemplo, lo que era considerado una gran diablura"²⁴. Por lo tanto, a diferencia de otros escritores, él poseía sólo una relación de infancia con el local y nada más.

Ya nadie más llega a comer. Dará aviso a la cocina para que la cierren. La noche estuvo bastante floja, pero hace años atrás no sucedía lo mismo. Evoca los momentos finales de la década del setenta, cuando se celebró el aniversario número cien de la confitería. En aquel período, don Bartolomé le dio un nuevo impulso al local, al organizar tertulias diarias y presentaciones de líricos y barítonos a cargo de Aliro Vega y Ricardo Jorge Suárez. El primero era un actor que colaboró en la formación del Teatro

Experimental de la Universidad de Chile y que tenía por tarea animar al público de la confitería; el segundo era un experto en lírica que se encargaba de los números artísticos. Ambos, colaborando en conjunto, infundieron un aire rejuvenecedor al local, lo llenaron nuevamente de vida, convirtiéndolo así en un punto de encuentro permanente para la bohemia santiaguina de aquellos tiempos. "*Por favor, atención la barra... silencio por favor a la barra. Así da comienzo todos los sábados a las tertulias líricas en la centenaria Confitería Torres.* La voz del maestro de ceremonia corresponde al inquieto y empeñoso hombre llamado Aliro Vega"²⁵. A raíz de ello, cada fin de semana, el lugar era invadido por artistas, poetas, escritores y cantantes, que venían a apreciar los espectáculos y los lanzamientos de libros que en esa época fueron comunes. En el año ochenta, Pablo Huneus hizo allí la presentación de su libro "Lo comido y lo bailado"; Edmundo Herrera bautizó dos obras suyas ahí también y, así como ellos, muchos más lo hicieron. Aquellos espectáculos resultaban bastante graciosos, pues "en la ceremonia del libro, uno entregaba el libro y traían vino (...) entonces hacían la ceremonia y bautizaban y siempre Aliro le ponía mucho color 'oye, yo te bautizo libro...' y el libro quedaba lleno de vino. Enseguida lo remataba, como siempre había gente comiendo, y Aliro trataba de sacarle la mayor cantidad de plata y ese dinero se lo entregaban al escritor, al dueño del libro. Era muy bonito, muy entretenido además"²⁶. También lanzaron un disco de Violeta Parra y Carlos Gardel, el año ochenta y uno, arreglado por el músico Gastón Soublette. Recuerda a las personas de la barra; siempre debían ser llamadas al orden por don Aliro, pues se animaban más de la cuenta, interrumpiendo con sus vítores las ceremonias en más de una oportunidad. Aquellas veladas eran música y fiesta, amistad y poesía. En uno de aquellos bautizos con vino navegado, recuerda haber visto a Volodia Teitelboim.

Ya nadie queda en el local. Los clientes se han marchado. Recoge las mesas, ya que debe preparar las cosas para el día siguiente. Poca gente llegó. Ojalá mañana sea diferente, pues si la cosa continua así, el nuevo dueño, don Jaime Vargas Ponce, deberá tomar medidas. Observa el libro de visitas del local, en el cual, el año 1981, don Aliro Vega escribió: "en esta centenaria confitería Torres, un grupo de intelectuales y artistas chilenos, hemos encontrado, en su actual propietario Don Bartolomé, el alma para estimular nuestras iniciativas. Ahí nacieron: La ceremonia del bautizo con vino navegado y la hermandad entre los poetas, escritores, pintores y cantantes líricos"²⁷. Eran otros tiempos aquellos. Ahora, a fines de siglo, sigue siendo visitado por intelectuales y artistas, pero no de igual forma que antaño. Don Bartolomé tampoco está ya presente: ahora otro ocupa su lugar.

A lo largo de todo el período que lleva trabajando ahí, cuatro décadas y un poco más, ha visto a diversas personalidades del mundo del espectáculo. En ciertos momentos venían más intelectuales y, en otro, el flujo era menor. Sin embargo, si le preguntaran, él podría decir con seguridad que aquel local fue un



espacio de encuentro intelectual, pues este lugar, a pesar de ser más caro y de estar fuera del circuito bohemio de la primera mitad de la centuria, supo atraer y congrega a múltiples escritores y poetas, ya que la magia que lo distingue seducía a todos aquellos seres dotados de una sensibilidad especial. Sólo algunos nombres le han venido a la mente en estas remembranzas; muchos más faltan para completar la lista de clientes. Termina de arreglar las mesas. Es tarde, pero quiere permanecer unos instantes más en el local. Se sienta tras la barra a descansar.

Aires del pasado permiten a la musa esparcir sus semillas

El lugar en penumbras y en silencio. Ya no se escuchan palabras ni sonidos de platos y sillas. Todos se han ido; sólo él, nuestro mozo, se encuentra en este espacio transhistórico de encuentro cultural. Observa el libro de visitas, en el cual tantas personas han dejado plasmadas sus impresiones y recuerdos, individuos anónimos, comunes y corrientes, que se sintieron embargados por la magia de esta centenaria confitería. En él, lee lo que alguien escribió en 1987: "A ti te escribo lugar con historia pero sin tiempo..."²⁸. Es verdad: aquél es un sitio que se ha mantenido al margen del devenir temporal. Da vuelta la página: otro en el mismo año borroneó: "el tiempo es relativo y se puede volver al ayer con sólo entrar a un lugar como éste; se puede ser la primera o tercera generación"²⁹. Resulta curioso que tantas personas hayan tenido la misma impresión. Sigue ojeando el texto; en 1992, alguien puso: "me gusta sentir que el tiempo puede detenerse"³⁰. Cierra el libro. Ya no desea seguir leyendo. Prefiere mirar a su alrededor y sentir por sí mismo, y no por terceros, lo que le provoca el local.

Está solo en ese espacio que "conserva un hálito del siglo (...) XIX"³¹. Sin embargo, no percibe aquella soledad, pareciera ser que, a pesar de mantenerse inmune al constante caminar de los años, el local no pudo evitar empaparse de historias y momentos, pues "un lugar en que se come y se bebe y que logra traspasar el umbral de un siglo, acumula mucho más fuertemente esta cosa intangible, esta cosa que está en el aire y que no lo describe la física convencional"³² y eso se siente claramente.

Recuerda lo que decía don Bartolomé, tiempo atrás, cuando aún era el propietario. Él pensaba que, de alguna manera, todos los que pasaron por ahí dejaron su impronta y sus espíritus quedaron revoloteando por los rincones, por lo que, en cierto modo, se siente la presencia incorpórea de aquéllos que se fueron³³. Y en realidad, si uno mira los espejos que rodean al local, "sientes que ahí en el espejo está la sombra guardada. La sombra del fantasma de tanta gente que ha pasado por aquí"³⁴. Y si lo piensa, tiene razón, pues a pesar de que no hay nadie, se siente acompañado. Igual le sucedía a Reinaldo Marchant. Cierra sus ojos y recuerda, textualmente, lo que le contó hace unos días atrás sobre el local; él decía que éste "es uno de los lugares que, precisa-

mente, está lleno de murmullos, de historia. Por ejemplo, yo he estado el sesenta por ciento de las veces solo, porque me gusta ir a leer, a escribir algunas cosas que tengo que hacer, pero jamás me he sentido solo, sino que casi siempre estoy acompañado de musas, de musas invisibles, no de fantasmas, sino que de algo bello (...) éste es un lugar en el cual siempre estás acompañado y permanentemente hay una cosa incorporada a ti que te está hablando, que te está acompañando"³⁵.

Por todo eso que se percibe, piensa, es un espacio que detona la creación, ya que "si tú olfateas, hueles, sientes una vida, décadas de personajes, de perfumes, de guiños, de parejas, de peleas obviamente, de pasiones terribles, de triángulos amorosos, de planificaciones políticas, de celebraciones en una mesa larga"³⁶ y todas aquellas imágenes inspiran a los clientes que traspasan sus puertas. No a todos, pero sí a aquéllos dotados de una sensibilidad especial, "porque finalmente mucha gente que discutió, que soñó, que se reunió en ese lugar a conversar, a planear, dejó su esencia. Allí se forjaron planes, se realizaron lanzamientos de libros y todo eso, naturalmente, queda en el local. Hay gente que vivió muchas cosas allí, que escribió cosas, ideó proyectos en ese legendario local, sobre todo las generaciones posteriores hicieron noticias allí. Por lo tanto, toda esa energía puede inspirar a quienes son parte de ese ambiente literario o acuden a ese lugar"³⁷.

No es casualidad que Joaquín Edwards Bello, por ejemplo, haya dedicado una de sus tantas crónicas al local, en la cual señalaba: "he ido a la pastelería Torres algunas veces. El mejor tiempo es septiembre, cuando el sol hace hervir la tierra, y el aire trae olor a novia. A las doce el tráfago estudiantil llena el paisaje. Yo me pongo a recordar. Veo pasar a las que hoy son marchitas, y escucho las voces de los amigos que ya no están"³⁸.

Tiene sed, por lo que se sirve un vaso de agua. Se acomoda y sigue con sus cavilaciones. Sobre el tema de la inspiración, recuerda lo que le mencionó Eduardo Peralta a una joven con la cual estaba días atrás; le dijo que "era muy común a mediados del siglo XX y muchos poetas lo hemos hecho, muchos cantores lo hemos hecho, escribir en una servilleta un poema y después rehacerlo, reestructurarlo y convertirlo en canción, convertirlo en soneto o poema. Eso se ha dado, yo creo, cientos de veces en el Torres, como se ha dado en otros locales, obviamente. Pero este local, este lugar tiene un poco de esa magia, tiene un poco ese componente de la creación"³⁹ al guardar en su interior múltiples historias que ayudan a estimular la creatividad, a detonar las imágenes y sensaciones recopiladas por la mente a través del tiempo.

Recuerda que, muchas, veces le tocó recoger aquellos papeles en los cuales se amontonaban palabras y rayas indescifrables, junto a gotas de vino tinto. En otras ocasiones, esos arrebatos de ingenio quedaron plasmados en el libro de visitas que tiene so-



bre sus manos. Abre el texto al azar. En el año 1988 lee lo que escribió Gastón Soublette: "El momento es éste, con algo de eterno. El Torres, el Torres con su fiambre amanecer, con su fresco anochecer, que refugia, que cobija, que alimenta y embriaga este hambriento corazón mío"⁴⁰.

Él mismo señor Peralta, en aquella oportunidad, le decía a la joven que, a raíz de los fantasmas que te susurran hermosas y mágicas palabras, "obviamente éste es un lugar de creación. A lo mejor no tanto en los últimos diez o veinte años, pero durante el siglo XX claro que tuvo una importancia tremenda en la creación de muchos novelistas, poetas, escritores, ensayistas chilenos y en algunos de visita que pasaban por aquí también, amigos de los artistas chilenos. A nivel personal, no es casualidad que yo haya metido al Torres en la canción de Teresa"⁴¹, pues, como señalaba, es un lugar que calza perfectamente con la época en la cual sitúa la trova que hace un par de años escribió y, además, es un lugar que lo inspira mucho, pues el Torres, como pocos espacios, "son lugares que tienen cierta magia, cierta mística, un grado fuerte de diferenciación con otros, que le da una unicidad, que lo hace atractivo para que lleguen los poetas, que lleguen los escritores, la gente creativa que quiere inventar cosas"⁴².

Ahora que piensa en aquello de la creación y de las cualidades inspiradoras del local, reveladoras son las palabras de Reinaldo Marchant. Éste, en cierta oportunidad, le señaló: "yo escribo novelas, que son libros largos, de largo aliento, de varios años y siempre que estuve ahí hubiera querido ser poeta, porque yo creo que es el lugar ideal como para escribir poesías, porque uno la poesía la puede escribir en diez minutos"⁴³. Es más, por ser un lugar que estimula la reflexión, muchas veces lo ve por las mañanas, en su mesa habitual del rincón, escribiendo concentrado sus artículos para el diario *La Época* o la estructura de alguno de sus libros. Siempre le pedía un café y un vaso de agua. Sin duda, el lugar es especial y no sólo en cuanto a la creatividad, sino que también posee cierta magia. Basta recordar que Pablo Huneus, al preguntarle sobre el texto que bautizó en el local, decía: "una cosa significativa, que no deja de ser importante, mira que le ha ido bien a ese libro, estamos hablando de los años ochenta y se sigue vendiendo. Ésta es la edición número catorce. Finalmente tenía algo mágico ese lanzamiento, el bautizo de ese libro (...) es el libro más permanente, más vendedor (...) se edita una y otra vez, cosa que es muy poco usual en Chile"⁴⁴.

Ya es tarde. Lo deben estar esperando en su casa, por lo que coge su chaqueta y camina hacia la puerta. Antes de apagar la luz, voltea para dar una última mirada a ese local que lo ha acogido por tantos años, el cual puede ser considerado, con razones claras y comprobables, como uno de aquellos sitios "que han creado a poetas, que han creado a músicos, que los han cobijado, acunado para que creen sus obras, (...) son lugares en los que te dan ganas de crear, de inventar cosas, de inventar sonetos, de escribirle a la mujer amada o de hacer canciones"⁴⁵, ya que el

Torres "junto con pocos lugares de Chile, son propicios para detonar cosas, mundos internos que están ahí. Fantasmas internos que están ahí, dando vueltas y que se pueden convertir en un soneto, que se pueden convertir en una novela, en una canción"⁴⁶. En fin, cómo le gustaría ser escritor para poder transmitir aquellos sentimientos que lo han embargado en esta oportunidad y en tantas otras. Apaga la luz y coge las llaves. Mañana cuando vuelva, probablemente, sentirá aquello que lo envuelve cada vez que ingresa a la Confitería Torres, a ese local que ha sido su vida y que siempre le ha inspirado "respeto, respeto enorme por la cultura e historia que encierra ese lugar, porque parte de nuestra literatura surgió allí, por las diversas personas que se dieron cita en ese lugar. Por ser un sitio que representa a una época lejana, el cual se ha mantenido intacto en el tiempo y porque es parte de nuestra historia, de nuestra tradición"⁴⁷ y por ser el lugar en el cual más ha respirado y sentido. Gira la fría manilla de la puerta y siente una agradable calidez. Alguien le toma la mano. Es la musa que lo invita a sentir aquella magia, susurrándole al oído aquello que a otros ha murmurado.

Lamentablemente, después de más de un siglo de existencia, la historia de la Confitería Torres llega su fin. A raíz de la escasez de clientela, su dueño ha decidido cerrarlo. Nuestro mozo ya no esperará junto a la puerta la venida de comensales; los visitantes ya no podrán percibir la magia que el local encierra en su interior. Ahora, tendremos que conformarnos con el relato de aquellos que alguna vez estuvieron entre esas paredes legendarias; sólo así podremos revivir las anécdotas y el encanto de este singular paraje. La vida del Torres concluye, pero sólo físicamente, pues en las mentes de los que por sus puertas ingresaron, esta confitería y sus musas no dejarán de existir, pues el Torres es el Torres y eso ni la modernidad ni una clausura lo podrán borrar.

Fuentes y bibliografía

Fuentes:

- Libro de visitas Confitería Torres (1981 -)
- Entrevistas a: Óscar Aguilera (escritor y poeta), Jorge Edwards (escritor), Edmundo Herrera (poeta), Pablo Huneus (escritor), Reinaldo Marchant (escritor), Eduardo Peralta (trovador), Monseñor Bernardino Piñera (escritor), Volodia Teitelboim (escritor)
- Orrego Luco, Luis. *Memorias del tiempo viejo*. Ediciones de la Universidad de Chile Santiago, 1984.
- Díaz Arrieta, Hernán (Alone). *Pretérito imperfecto. Memorias*. Editorial Nascimento. Santiago, 1976.
- Plath, Oreste. *El Santiago que se fue. Apuntes de la memoria*. Editorial Grijalbo. Santiago, 1997.
- Mourger, Enrique. *Escenas de la vida bohemia*. Editorial Zig- Zag. Santiago. Fecha no determinada.
- Frontaura, Rafael. *Trasnochadas: Anecdotario del teatro y de la noche santiaguina*. Editorial Zig- Zag. Santiago, 1975.
- Muñoz, Diego. *Memorias. Recuerdos de la bohemia nerudiana*. Mosquito Editores. Santiago, 1999.
- Teitelboim, Volodia. *Huidobro. La marcha infinita*. Ediciones Bat. Santiago, 1993.
- Teitelboim, Volodia. *Neruda*. Ediciones Bat. Santiago, 1994.
- Edwards, Jorge. *Adiós, poeta... Tusquets Editores*. Santiago, 1990.



- Teillier, Jorge. *Prosas*. Editorial Sudamericana. Santiago, 1999.

Bibliografía:

- Schama, Simon. *En busca de la musa de la historia*. Revista Facetas. N° 3. 1992.
- Del Pozo, José. *Historia y literatura: La representación del año 1938 en cuatro novelistas chilenos*. Comunicación presentada al congreso de ACELAC Carleton University, Ottawa, octubre 1993.
- Arancibia, Patricia y Guerra, Josefina. *La novela como fuente historiográfica: Un estudio de caso: La educación rural a través de la novelística chilena*. Revista Universum Universidad de Talca. 1991.
- White, Hayden. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Ediciones Piados Ibérica. Barcelona, 1992.
- Pereira, Teresa y otros. *Formas de sociabilidad en Chile 1840- 1940*. Editorial Vivaria. Santiago, 1992.
- Szmulewicz, Efraín. *Diccionario de la literatura chilena*. Ediciones Rumbos. Santiago, 1997.
- Montes, Hugo y Orlandi, Julio. *Historia de la literatura chilena*. Editorial Zig- Zag. Santiago, 1977.
- Godoy U., Hernán. *La cultura chilena: ensayo de síntesis y de interpretación sociológica*. Editorial Universitaria. Santiago, 1982.
- Aylwin, Mariana y otros. *Chile en el siglo XX*. Editorial Planeta. Santiago, 1998.
- Subercaseaux, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Tomo II. Fin de siglo: La época de Balmaceda*. Editorial Universitaria. Santiago, 1997.
- Godoy U., Hernán. *El carácter chileno*. Editorial Universitaria. Santiago, 1981.
- Alomar Arellano, Bartolomé. *Confitería Torres en su 155° aniversario*. Editorial Universitaria. Santiago, 1994.
- Cánepa Guzmán, Mario. *Historia de los teatros universitarios*. Ediciones Mauro. Santiago, 1995.
- Edwards Bello, Joaquín. *Crónicas*. Editorial Nascimento. Santiago, 1947.
- ¹ Plath, Oreste. *El Santiago que se fue*. Editorial Grijalbo. Santiago, 1997, página 325
- ² Alomar Arellano, Bartolomé. *Confitería Torres en su 115° aniversario*. Editorial Universitaria. Santiago, 1994, página 19
- ³ *Ibidem* (2), página 18
- ⁴ *Ídem*, página 42
- ⁵ *Ídem*, página 38
- ⁶ Lemaire, Gérard- Gorges. *Los bohemios de siempre*. Exposición Centro Cultural Las Condes. Santiago, agosto 1998, página 2
- ⁷ Entrevista a Eduardo Peralta.
- ⁸ Entrevista a Reinaldo Marchant.
- ⁹ Entrevista a Eduardo Peralta.
- ¹⁰ Peña Muñoz, Manuel. *Los bohemios de siempre*. Op. cit. (6), página 9
- ¹¹ Entrevista a Volodia Teitelboim. Ver anexos.
- ¹² *Ídem*.
- ¹³ *Ídem*.
- ¹⁴ Peña Muñoz, Manuel. *Los bohemios de siempre*. Op.cit. (6), página 9
- ¹⁵ Alomar Arellano, Bartolomé. *Confitería Torres...* Op. cit. (2), página 31
- ¹⁶ Entrevista a Eduardo Peralta.
- ¹⁷ Entrevista a Edmundo Herrera.
- ¹⁸ *Ídem*.
- ¹⁹ Entrevista a Reinaldo Marchant.
- ²⁰ *Ibidem*.
- ²¹ *Ídem*.
- ²² Alomar Arellano, Bartolomé. *Confitería Torres en su...* Op. cit. (2), página 87
- ²³ Entrevista a Reinaldo Marchant.
- ²⁴ Entrevista a Jorge Edwards.
- ²⁵ Alomar Arellano, Bartolomé. *Confitería Torres en...* Op. cit (2), página 120
- ²⁶ Entrevista a Edmundo Herrera.
- ²⁷ Libro de visitas de la Confitería Torres. Desde 1981 hasta nuestros días.
- ²⁸ *Ídem*.
- ²⁹ *Ibidem* (27).
- ³⁰ *Ídem*.
- ³¹ Entrevista a Óscar Aguilera.
- ³² *Ídem*.
- ³³ Alomar Arellano, Bartolomé. *Confitería Torres en...* Op.cit (2), página 9
- ³⁴ Entrevista a Eduardo Peralta.
- ³⁵ Entrevista a Reinaldo Marchant.
- ³⁶ Entrevista a Eduardo Peralta.
- ³⁷ Entrevista a Volodia Teitelboim.
- ³⁸ Edwards Bello, Joaquín. *Recuerdos de un cuarto de siglo*. Editorial Zig- Zag. Santiago, 1965, página 190- 191.
- ³⁹ Entrevista a Eduardo Peralta.
- ⁴⁰ Libro de visitas... Op. cit (27)
- ⁴¹ La canción a la que hace alusión es "Antigua historia de amor" y Teresa es nada menos que Teresa Wilms, mujer fatal de principios de siglo XX con la cual Vicente Huidobro escapó a Buenos Aires en 1916. Entrevista a Eduardo Peralta.
- ⁴² *Ibidem*.
- ⁴³ Entrevista a Reinaldo Marchant.
- ⁴⁴ Entrevista a Pablo Huneeus.
- ⁴⁵ Entrevista a Eduardo Peralta.
- ⁴⁶ *Ídem*.
- ⁴⁷ Entrevista a Volodia Teitelboim.

